

Paisaje, hogar y visión de sujeto en “El paisaje mexicano” de Gabriela Mistral

Alida Mayne-Nicholls
Doctora en literatura UC
alidamaynenicholls@uc.cl

Gabriela Mistral salió por primera vez de Chile en 1922 cuando ya había llegado a la treintena. Esa larga travesía en barco que la llevó hasta México marcaría a la poeta chilena, convirtiéndola en una verdadera mujer errante. De hecho, después de ese viaje apenas volvería a Chile en un par de ocasiones y su principal viaje de regreso a su país natal podría pensarse más bien en uno a través de la escritura, en especial a través de las obras que se convertirían después de la muerte de Mistral en el *Poema de Chile*. De hecho, Fernando Pérez Villalón llegará a decir que “Mistral no quiere volver a Chile más que en la escritura”.

¿Hay un antes y un después en la vida personal y profesional de Gabriela Mistral a raíz de este viaje? Claramente hay un punto de inflexión que podemos rastrear en algunos de sus escritos, tanto de prosa como de poesía. Por ejemplo, como ha anotado Elizabeth Horan, hay un cambio en la poesía que se ha tildado como textos para niños; así lo vemos incluso en las dedicatorias de sus llamados *textos casi escolares*. Antes del viaje podemos observar varias dedicatorias a personalidades del área educativa; dichas dedicatorias coincidirían con versos más bien conservadores, no en términos de métrica, sino en forma más relevante, en cuanto al contenido y, en especial, con respecto a la visión que manifiesta allí sobre niños y niñas. Al respecto Elizabeth Horan sostiene que “es evidente que la poeta dedicó muchos de los poemas en esta categoría a las personas que habían sido sus supervisores” (88). Tenemos así poemas como “El himno cotidiano”, cuyos primeros versos son: “En este nuevo día / que me concedes, ¡oh, Señor!, / dame mi parte de alegría / y haz que consiga ser mejor” (194). Opuesto a esto, nos encontramos con “El corro luminoso”: “En el llano verde, / al pie de los montes / que hería la voz, / ¡el corro era un solo / divino temblor!” (136). Este poema no está dedicado a una autoridad, sino a su hermana. No es gratuito que poemas como “El himno cotidiano” fueran más conservadores puesto que su génesis es ligada a la institución escolar, una institución ciertamente conservadora en las primeras décadas de 1920. Más adelante veremos también cuál es la posición que ocupaba Mistral en esa institucionalidad en sus propias palabras.

En la siguiente ponencia me interesa abordar un antes y después en cuanto a lo que significó para Gabriela Mistral llegar a México como invitada por José Vasconcelos para colaborar con la reforma educacional que él buscaba impulsar. Para esto me centraré en el texto “El paisaje mexicano”, en que la poeta y Premio Nobel describe el nuevo escenario que se le abrió en tierras mexicanas. El tópico del paisaje será mi punto de entrada para avanzar en las concepciones que Mistral abordó con respecto al hogar –puesto que siempre

hay un contrapunto con Chile o un recuerdo de Elqui, su tierra natal- y a la imagen de sujeto que Mistral tiene de sí misma.

“El paisaje mexicano” es un texto breve escrito en prosa por Mistral el 15 de octubre de 1922. “Este paisaje del Valle de México es cosa tan nueva para mis ojos, que me desconcierta, aunque el desconcierto está lleno de maravillamiento”, son las palabras con las que Mistral abre el artículo y que nos ubican en los primeros meses del viaje y en las primeras impresiones de Mistral. Ella se embarcó en el vapor Orcoma el 22 de junio de 1922 y llega a México un mes más tarde. Pero, aunque apenas ha alcanzado a estar unos tres meses cuando escribió “El paisaje mexicano”, ha maximizado el tiempo, visitando varias ciudades y realizando conferencias. “A poco andar, en sus distintas actividades, Gabriela se encontraba absolutamente posicionada en el ambiente cultural mexicano” (29), dice al respecto Pedro Pablo Zegers, quien recopiló parte de los textos que Mistral produjo durante su estadía en México. En el texto Mistral se referirá al paisaje al que está más expuesta en la casa de Michoacán en la que estuvo instalada en esa época y también a los lugares que fue conociendo en sus recorridos y charlas por el país. Mistral comienza hablando de ese paisaje que la desconcierta, pero no se trata de un mero texto descriptivo, sino que le permite reflexionar acerca de su hogar y de sí misma.

Me interesa abordar el tema del paisaje desde el punto de vista de la Geografía Cultural. Algunos estudios en este ámbito nos hablan acerca de que los paisajes son políticos, por cuanto ayudan a configurar, junto a las prácticas cotidianas que se realizan en ellos, patrones de conducta, tácticas para moverse y, en suma, una identidad propia. Dichas estrategias pueden responder a un paisaje avalándolo-es decir, actuando en cierta concordancia con él- o bien desafiándolo, transgrediendo las prácticas que dicho paisaje impondría a sus habitantes.

Un espacio geográfico importante en términos culturales, aunque se trata de un espacio relativamente pequeño hablando físicamente, es el hogar. En su texto, Mistral está contraponiendo en forma constante los nuevos paisajes maravillosos y desconcertantes de México con su hogar en Chile. Pero qué entendemos por *hogar*. Por supuesto es la casa en que nos criamos y donde se desarrollan las primeras prácticas sociales en el ámbito estrictamente familiar. Pero el concepto de *hogar* supera la noción de casa familiar. James S. Duncan y David Lambert plantean al respecto: “La palabra ‘hogar’ abarca claramente más que casa, barrio o pueblo natal. Incluye patria o nación, un país donde se reside o quizás más importante de donde uno ‘proviene’. La noción de hogar puede incluir una tensión entre esos dos significados particularmente para inmigrantes, exiliados y expatriados de diferentes tipos”.

Lo primero que hacen Duncan y Lambert es ampliar el concepto de hogar, incluyendo no solo la casa de nuestra crianza, sino el barrio en que vivimos y también nuestro pueblo natal. Lo de pueblo natal es una clave importante en Mistral, quien continuamente aludirá al

Valle de Elqui como un sitio especial. Así en la siguiente charla de dictada en 1938 en Montevideo, Mistral dice y cito:

Me acuerdo yo de la manera de vida nuestra en un valle, el Valle de Elqui. El Valle de Elqui es una cosa insignificante, que ustedes buscarán en vano en el mapa. Solo dentro de mí es muy importante porque allí se desarrolló mi infancia, y me parece que la patria verdadera es donde transcurre la infancia, rico repertorio de imágenes que subsisten en nosotros y de la cual no quedan sino saudades del alma, hasta que recuperamos esta infancia en la vejez, cuando vuelve una especie de marca de recuerdos de toda nuestra vida (41).

En “El paisaje mexicano” Mistral hará distintas comparaciones con su hogar. Por un lado encontrará similitudes entre México y Elqui, en especial con respecto a la luz. Tengamos presente que cuando la poeta parte a México había abandonado mucho antes su natal Elqui. Dice Mistral sobre su vida en México: “Mi fiesta cotidiana es la de la luz de la meseta. En los primeros días fue para mí una especie de éxtasis ardiente que sucedía al éxtasis del mar. Aunque entrecerraba mis ojos la luz por su crudeza, yo la recibía como debieron hacerlo los aztecas, místicamente. Era la compañera de mi infancia, perdida tantos años y que vuelve a jugar conmigo...” (48). Luego agrega: “El valle en que nací la tiene semejante, y yo le debo mi rica sangre, mi férvido corazón. Mis años de tierra fría fueron un largo castigo para estos ojos” (48).

Cuando habla de sus “años en tierra fría”, Mistral se refiere, en parte, a la época en que vivió y trabajó en Punta Arenas (1918-1919), a la que situará como lo opuesto a México: “Yo he apreciado aquí en todo su valor la importancia de una temperatura privilegiada. Solía decir en Punta Arenas que su horrible frío era una desventaja moral: me hacía egoísta; vivía yo preocupada de mi estufa y de mi carne entumecida” (49). En México, en cambio, la perspectiva es diferente: allá “puedo ocuparme de todo y no sólo de mí misma” (49).

Lambert y Duncan dicen también que hogar tiene que ver con el lugar del cual uno proviene, situación particularmente compleja en el caso de los expatriados, por la razón que sea. Mistral es una expatriada, fuera de lugar natal, con el cual tiene una relación tensa: el amor por el lugar primero y primordial de aquellos primeros años de formación, pero también el lugar en que no logra hallarse cuando deja la infancia atrás. En este sentido, el paisaje, en términos culturales y políticos es determinante. El paisaje de Elqui –amplio, con una luz que calienta el corazón- es una especie de reserva espiritual, que entra en tensión con el resto de Chile, en el que Mistral no es aceptada en forma integral: hace una carrera como profesora y directora de escuelas, pero es rechazada o discriminada por no haber realizado estudios profesionales, aunque ella quiso ingresar a la Escuela Normal en La Serena (1905), pero fue rechazada. Solo con posterioridad se le validó su experiencia y

trabajo, entregándosele el título de maestra (1910) luego de rendir un examen convalidatorio. No solo es combatida por sus colegas y la institucionalidad educativa, en lo cual hay un componente social importante, sino también es menospreciada por críticos y los medios. Cuando ya había sido invitada a México en el viaje que abordo en esta ponencia, *El diario ilustrado* de Santiago publicó una nota en que ponía en entredicho sus capacidades. Escribe al respecto Elizabeth Horan que el artículo de manera casi insultante se pregunta cómo y por qué una mujer con modales toscos y de campo que no fue a la escuela normal ni a la universidad, una profesora de escuela autodidacta, había sido invitada a México (Motivos de San Francisco 142). Ignorada y menospreciada en su tierra natal, pero prestigiada fuera del país.

Si las prácticas que adoptamos dependen del paisaje que habitamos –que incluye, por supuesto, nociones políticas, ideológicas, etc.- no resulta tan extraño entonces que los versos escolares de Gabriela Mistral sean dedicados a jefes y supervisores, ya que mientras se encuentra viviendo y trabajando en Chile, la poeta tiene que validarse continuamente. Ella recordará años más tarde lo duro de esta situación durante una breve introducción que realiza durante una lectura de sus versos en Santiago en 1938:

La poesía de Chile hace doce años era una especie de industria vergonzante que una maestra podía mandar a un semanario, contrariando incluso la voluntad de su jefe y buscando el tapujo de un nombre como vaina en que esconderse, pero esa maestra cantadora no podía pedir como ahora y obtener un teatro, ni pretender un auditorio ancho, ni hacer un alegato válido de que la pobre y grande poesía es herramienta que sirve para labrar una raza lo mismo que sirven geometrías y biología. Mala cara le daban a la libre y santa poesía el empresario de teatro como el político y como el pedagogo. Me doy el gusto de decirlo aquí porque ducho lo tengo en cuadernos míos de esos en que se pone, a resguardo del tiempo y de los pueblos sin memoria, lo que vivimos (70).

En las palabras anteriores, Mistral realiza varias aseveraciones. Primero, que al mandar sus versos para ser publicados estaba yendo en contra de la voluntad de sus jefes. Segundo, que tuvo que irse del país y volver como una poeta reconocida para poder realizar un recital poético masivo en su país natal. Y tercero, que el uso de seudónimo era una “vaina en que esconderse” o que podía mirarse de esa manera también la creación de un nombre con el cual firmar sus creaciones poéticas. Y, sin embargo, antes de que ella se fuera del país en 1922, ya había ganado los Juegos Florales (1914), publicado su trabajo en revistas y el mismo año de su partida, 1922, es publicado el poemario *Desolación* en Nueva York.

Raquel Olea destaca el carácter errante de Mistral en su artículo “Apuntes para (re)visar una biografía” y propone que es un signo clave, al menos para entenderla biográficamente. Pérez Villalón al leer a Olea plantea que “la errancia es un modo de escapar al encasillamiento en un papel femenino convencional”. Efectivamente el viaje –y más aún

mantenerse constantemente viajando- va en contra de la imagen tradicional que el discurso masculino ha construido, no solo en el Chile de la primera mitad del siglo XX, que fue el que le tocó vivir a Mistral; es cosa de recordar la figura icónica de Penélope, la mujer tejedora: ella mantiene el hogar mientras el hombre viaja. Al respecto, claramente no podemos encasillar a Mistral en el papel femenino convencional, pero la errancia que ella asume es más que romper los límites del mundo privado. En este caso, su paisaje, su entorno, su espacio natal afecta su escritura.

Los años fríos de Gabriela Mistral en Chile, que podemos considerar sus años en ciudades como Temuco y Punta Arenas, son reemplazados por el cálido paisaje mexicano. Volvamos a una de las descripciones que la poeta realiza sobre tres cumbres en la meseta del Anáhuac: el Popocatépetl, el Ixtlaziuhatl y el Ajusco. Primero las diferencias de la cordillera en Santiago, a las que considera un “formidable muro” (46). Con la palabra muro da la impresión de encierro y aislamiento. ¿Se siente así también ella en Chile? Luego vuelve a la descripción de las alturas mexicanas, llamándolas “cumbres dulcísimas” (46). Agrega después: “El Dios que hizo estas montañas no es el Jehová potente, ni siquiera el Dios cuya mano enérgica amasó Rodin: este es un Dios que hace su tierra con dedo acariciante. [...] No me dan la visión de cordillera ni de la gran Sierra que ellas son; me parecen estas montañas obras de arte, en vez de creaciones de la feroz naturaleza” (46). El paisaje en México no es una amenaza, sino un espacio que llama a la creación humana.

La descripción que hace de los cielos mexicanos sigue la misma línea de las montañas: alude a libertad, a apertura:

La hermosura del cielo es para mí la de su infinita extensión y la de sus anchos juegos de nubes.

Como no hay esa muralla épica de nuestra cordillera, que disminuye el horizonte, este cielo mexicano es vastísimo (47).

Karen E. Till se basa en Bourdieu cuando dice que las “prácticas cotidianas se llevan a cabo dentro de los límites de un comportamiento socialmente ‘aceptable’ (para un escenario particular en un lugar y tiempo específico)”, de tal manera que dichas acciones “no son libremente elegidas, sino que son parte de una elección dentro de un sistema de esquemas” (355). Plantea que la libertad de elegir cómo conducirnos es reemplazada por una libertad aparente, por cuanto solo se elige a partir de un grupo de opciones limitadas por el escenario en el que nos desarrollamos. Tenemos a Mistral hablando entonces del encubrimiento que da un nuevo nombre, ¿he ahí una táctica de resistencia, de oponerse a las limitadas opciones que su entorno le proporcionaba? ¿Cómo dar el giro necesario para que su entorno físico y al mismo tiempo político, no la coartara no ya como profesora, sino como poeta? En una carta en que Mistral describe sus primeras impresiones sobre México,

la poeta dice “Por primera vez en dieciocho años, sé que puedo trabajar en paz” (Motivos de San Francisco 148).

Hacia alusión anteriormente a la tensión que genera la palabra hogar en el caso de los inmigrantes, exiliados y expatriados. Mistral ha elegido la errancia. México no será un destino final, dejará el país en 1924. Antes de regresar a Chile en 1925 visitará varios países de Europa y América, desde Estados Unidos a Brasil, Argentina y Uruguay. No pasaría, en todo caso, mucho tiempo en Chile, ya que en 1925 partió a París. Seguir nombrando la gran cantidad de países en los que pasó temporadas o bien años, podría resultar ilustrativo, pero largo; pero lo cierto es que a su muerte en 1957 en Nueva York había errado por Europa y América sin llegar establecerse en ningún lugar. Y a pesar de las descripciones maravillosas que realiza de México, tampoco había un hogar allí.

En “El paisaje mexicano” el lenguaje que Mistral utiliza para describir dicho escenario se va encadenando con las comparaciones que establece con el territorio chileno, muchas veces en forma desfavorable para este último. Dichos aspectos no se dan de una manera objetiva o lejana, sino vinculados a la experiencia de la poeta, en términos de su cuerpo y también de la visión que tiene de sí misma como sujeto y escritora. Así no es solo una descripción de mesetas, cielos y nubes, sino cómo la luz mexicana la afecta, cómo se siente estar bajo ese cielo que parece infinito, cómo se siente la lluvia que cae cada tarde. Así cuando habla del volcán Ixtlaziuhatl, que quiere decir “mujer blanca”, ella escribe: “Mi casa de Michoacán (alrededores de México) queda frente a ella [la mujer blanca]. La saludo al abrir mis ventanas como a mi diosa tutelar” (46). Mistral se involucra de cuerpo entero en su escritura lo que me hace pensar, por un lado, en las palabras de la francesa Helene Cixous: “La mujer debe ponerse a sí misma en el texto –así como en el mundo y en la historia- por su propio movimiento” (875). Agregará que esa escritura develará no solo el pensamiento de la mujer, sino su cuerpo. Y, por otro lado, pienso en el poema “El Ixtlaziuhatl” (*Desolación*) de Gabriela Mistral. Comienza diciendo “El Ixtlaziuhatl mi mañana vierte; / se alza mi casa bajo su mirada, que aquí a sus pies me reclinó la suerte / y en su luz hablo como alucinada” (82). Habla como alucinada, iluminada, loca, es el fervor de la escritura, de la creación. Pero los últimos versos del poema aluden a los Andes y el tono cambia: apostrofa a la cordillera andina: “hiciste mi alma cual la zarpa dura / y la empapaste en tu sangrienta venda”, y luego: “Te llevo aquí en mi corazón tajeado, que me crié en tus pechos de amargura / ¡y derramé mi vida en tus costados!” (83). Un paisaje que destruye, que marca con sangre a uno que despierta el fervor de la creación.

Para los geógrafos culturales, el cuerpo no puede ser ignorado. Dice Michael Landzelius:

Al hacer hincapié en la producción de conocimiento, la identidad, la ética y la política como prácticas situadas e incrustadas en condiciones sociales y culturales particulares, estas líneas de pensamiento se han vuelto hacia el cuerpo como un sitio

clave para la comprensión del funcionamiento y la diferenciación de la sociedad y por lo tanto también para la reelaboración de la teoría social y política.

En ese sentido Landzelius plantea que un cuerpo se forma por medio de los sentidos, el gusto, el olfato, la vista, el tacto, el oído; sin los sentidos, enfatiza, “un individuo no puede participar ni en el espacio ni en el discurso” (289-290). El entorno físico, político, ideológico, impone límites en ambos planos: físicamente en el espacio, reflexivamente en el discurso. Y eso es lo que podemos observar en el texto “El paisaje mexicano”, especialmente si vamos entrelazándolo con otros escritos de Gabriela Mistral. Por eso, cuando describe el paisaje nuevo que ha descubierto durante –hasta ese momento- breve estadía en México, la visión de hogar y de sujeto se desliza y nos muestra que efectivamente el paisaje afecta las prácticas cotidianas, los patrones de conducta, las tácticas que adoptamos para movernos dentro de sus restricciones –a veces avalando el escenario en que estamos inmersos y otras, resistiéndolo, combatiéndolo.

REFERENCIAS

- Cixous, Helene. “The laugh of the Medusa”. *Signs*, vol. 1, no. 4, Chicago: The University of Chicago Press, 1976. 875-893.
- Duncan; James S. y David Lambert. “Landscapes of Home”. *A Companion to Cultural Geography*. Ed. by James S. Duncan, Nuala C. Johnson, Richard H. Schein. Blackwell Publishing, 2004. Pp. 382-403.
- Horan, Elizabeth. *Gabriela Mistral. An artist and her people*. Washington: Interamer, 1994.
- Landzelius, Michael. “The Body”. *A Companion to Cultural Geography*. Ed. by James S. Duncan, Nuala C. Johnson, Richard H. Schein. Blackwell Publishing, 2004. Pp. 279-297.
- Mistral, Gabriela. *Caminando se siembra*. Selección y prólogo de Luis Vargas Saavedra. Santiago: Lumen, 2013.
- . *Desolación*. Santiago: Nascimento, 1923.
- . “El paisaje mexicano”. *Gabriela y México*. Pedro Pablo Zegers (selección y prólogo). Santiago: RIL Editores, 2007.
- . *Motivos. The life of St. Francis*. Ed. y trad. de Elizabeth Hora. Tempe, Arizona: Bilingual Press/Editorial Bilingüe, 2013.
- . *Ternura*. 6a ed. Buenos Aires: Espasa Calpe, 1959.
- Olea, Raquel. “Apuntes para (re)visar una biografía”. *Nomadías*, 2018, no. 3, pp. 62-69. <https://doi.org/10.5354/no.v0i3.51371>

Pérez Villalón, Fernando. "Variaciones sobre el viaje". *Revista Chilena de Literatura*, 2004, no. 64, pp. 47-72.

Till, Karen E. "Political Landscapes". *A Companion to Cultural Geography*. Ed. by James S. Duncan, Nuala C. Johnson, Richard H. Schein. Blackwell Publishing, 2004. pp. 347-364

Zegers, Pedro Pablo. *Gabriela y México*. Selección y prólogo de Pedro Pablo Zegers. Santiago: RIL Editores, 2007.